

Misión Joven

Revista de Pastoral Juvenil



Separata

MJ 527 (Diciembre 2020)

estudios

Páginas 19-28

Hacia una pastoral de la donación

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

Hacia una pastoral de la donación

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB
Universidad Pontificia Comillas

Síntesis del artículo

El autor ofrece una detenida reflexión en torno al vínculo entre la experiencia cristiana y la capacidad de donación como una actitud vital que ayuda a recrear la fe en términos de gracia. Desde perspectivas antropológicas y teológicas plantea algunas claves que ayuden a renovar la acción pastoral con jóvenes proponiendo la entrega sincera de sí mismo a los demás como la única óptica posible desde la que configurar la propia existencia vivida en respuesta al don de Dios.

#PALABRAS CLAVE: Donación, gracia, interioridad, estilo de vida, vocación.

Abstract

A detailed reflection about the link between Christian experience and dedication ability is offered by the author. Even more, he shows it as an attitude which helps recreate faith as a grace path. Some clues that can help to renew the youth ministry are suggested from both anthropological and theological perspectives. In fact, the dedication of oneself to the others is presented as the sole perspective to configure our own existence as an answer to God's gift.

#PALABRAS CLAVE: Dedication, grace, life style, vocation, inner life.

Sin duda, todo el cristianismo gira en torno a la donación. Es más, quizá sea una de las palabras, no nueva pero sí emergente, capaz de expresar la raíz más íntima de nuestra fe, pues hay quien ha afirmado que «el universo y el régimen constitutivo de la fe cristiana es el don»¹. Una palabra que, por ser común y comprensible para creyentes y no creyentes, puede ser una oportunidad, no solo para renovar

el don de la fe como respuesta a la revelación donada, sino también para mostrar el valor que tiene y el modo de habitar en el mundo. Ambas cosas inseparablemente unidas.

Esta coherencia, entre lo que se es y cómo se muestra lo que se es, bien sabemos que suscita credibilidad, *ad extra*. Pero también, en este caso, es una oportunidad para renovar, recen- trar o recrear, *ad intra*, la relación con Dios, su comprensión, la propia identidad y el camino de fe dentro de la Iglesia, así como todas las propuestas pastorales que se realizan.

¹ A. GESCHÉ, *El Sentido. Dios para pensar VII*, Sígueme, Salamanca 2004, 20.

1 El universo semántico del don

Decir «don» o hablar de «donación», remite o da por supuestas muchas cosas. Como si se tratara de una constelación, todo don está compuesto de una serie de rasgos que, a la manera de los astros, lo perfilan y delimitan. Atender a ellos, en el fondo, es adquirir los criterios necesarios para su oportuno discernimiento, para su eventual clarificación y distinción respecto de otras acciones que, pareciéndose, no deben confundirse con el generoso acto de la donación.

El más inmediato de esos astros, o de esos elementos del don, es la existencia de una relación. Esta, no indica tanto el reconocimiento de identidades, cuanto de una reciprocidad entre ambas en términos de gratuidad o, lo que es lo mismo, de libertad.

Lejos de una lógica del intercambio y de la posesión, la donación es expresión de libertad. Libertad para dar, porque la donación no está motivada por una supuesta respuesta esperada y, menos aún, por una deuda «a cuenta» que ya se saldará en un futuro, ni por sentirse bien de cara a uno mismo, convirtiéndola en una especie de terapia para fortalecer la autoestima. Menos aún, para agrandar nuestra vanidad y nuestra *hybris*, en aras de una entrega poco o nada sincera². Del mismo modo, la donación tampoco está condicionada por un «previo pago», porque si no, no sería un don, sino la entrega de una mercancía después de haber sido abonado su importe. Libertad del donante, también, por el desprendimiento que supone el don, porque no estoy apegado a aquello que doy

y que, sin embargo, sé que es valioso para quien lo recibe.

Junto a la libertad en quien da, está la libertad para recibir, porque un don no se impone, sino que se ofrece, con el riesgo o la posibilidad de ser rechazado y con la seguridad de no poder corresponder, no tanto a lo ofrecido sino al impulso que lo ha generado, más que en términos de gratitud. Sin hipotecas, sin deudas, sin esclavitudes, porque en cada don hay un exceso que sobrepasa infinitamente, que desborda, que hace sentir a uno mismo pequeño, pero no humillado; término de solitud, pero no cosificado o instrumentalizado; agraciado, pero no exigido o chantajeado moral o afectivamente a dar una respuesta, porque «cuando la gratitud es correcta, “aligera el peso de la obligación de corresponder y la dirige hacia una generosidad igual a la que despertó el regalo inicial”»³. En otras palabras, hablar de relación, de gratuidad, de libertad, de gratitud como perfiles del don, es hablar de un respeto *cuasi* sagrado por el otro.

«Don», «donación», no solo remiten a un modo de relación, sino a lo que se entrega. Esto implica, por parte del donante, tomar conciencia de que posee algo valioso para el otro y que no tiene mejor destino que ser donado, porque lo suyo es ser entregado. No es que uno lo convierta en un don al ser regalado, sino que el don no puede no darse, porque si no es así, se echa a perder dejando de ser lo que es. En este sentido, todo don es un bien anticipado para el otro que, si es acogido, cumple la misión inscrita en él mismo, haciendo bien a quien lo recibe. Hay, por tanto, una promesa de felicidad y de plenitud en cada don, una esperanza y un deseo de hacer más plena la vida del destinatario. En cambio, si no es aceptado, ni el don ni el donan-

² La etimología de las palabras normalmente aporta luz, aunque su origen se pierda en la oscuridad del tiempo. Una de las etimologías de «sinceridad» remite a *sine-cera*, sin cera; haciendo referencia a la miel sin cera; es decir, sin impurezas, sin mezcla. Un don sincero es aquel que no está mezclado con otras intenciones, más que las propias de la donación. Cf. JEAN-PAUL II, «Le don désintéressé. Méditation»: *Nouvelle Revue Théologique* 134 (2012) 188.

³ P. GILBERT, «Gratuité»: *Nouvelle Revue Théologique* 127 (2005) 261, citando a P. RICOEUR, *Parcours de la reconnaissance. Trois études*, Stock, Paris 2004, 352.

te dejan de ser lo que son, porque la limitación del rechazo no limita la generosidad del donante, a no ser que busque ser correspondido —con lo que pondría en duda su gratuidad—; tampoco perdería valor el don, que siempre estará disponible, a fondo perdido, a la espera de ser aceptado.

Por otra parte, quien recibe un don y lo acoge, manifiesta una singular capacidad de acogida. Acepta ser regalado y consiente aquello que acoge, expresando su confianza en quien le da. Así, manifiesta una radical apertura a su misma realidad, porque la humildad se pone en juego para recibir y porque se sabe, quizá, necesitado de ese don o, por lo menos, agradado por él. También, apertura en términos de hospitalidad y de acogida con el donante. Quizá, por estos motivos, el arte de recibir «es más difícil e incluso quizá superior a la ciencia de dar»⁴. Por ello, hablar de entrega, de aceptación, de confianza, de anticipación de plenitud en el ámbito de la donación, es hablar de un vínculo que solo el amor puede alcanzar.

Con esta última consideración, quizá estemos acercándonos a la «esencia» —perdón por la palabra si suena demasiado abstracta— del «don» o de la «donación». Cuando damos un don, bien sabemos que ofrecemos mucho más. En el «objeto», en la preparación, en el tiempo dedicado, en la anticipación del ofrecimiento, en su mismo acto, expresamos algo muy íntimo. No solo la solicitud por el otro, sino a nosotros mismos. Somos a nosotros mismos quienes nos damos en cualquier acto de donación y en cualquier don, por pequeño que sea. En cierta manera, podríamos decir que un acto de donación es un acto de revelación, puesto que me muestro cómo soy en aquello que doy y en la manera de entregarme. Si esto no es así, responderá a otros nombres, pero no al de ser un don.

De manera semejante, cuando recibimos «algo», tiempo o dedicación, si desterramos toda relación instrumental, todo pragmatismo y olvidamos los propios intereses, lo de menos es lo recibido y lo esencial es de quien lo recibimos. Al aceptar cualquier don, «lo recibido, lo *dado*, sirve de guía hacia el donante»⁵, que es a quien verdaderamente aceptamos; siendo esto mismo un acto de donación, al ofrecer mi apertura en términos de confianza y hospitalidad. Ahí mismo, también quien recibe se revela, muestra su identidad y sella el vínculo que el donante ha ofrecido en su don. Esta relación de reciprocidad en términos de gratuidad y de gratitud, de visitación y de hospitalidad, de revelación y de acogida, solo se establece bajo la semántica del amor, en la que los cristianos somos —o debiéramos ser— expertos.

Recrear la fe en términos de gracia

En efecto, en la fe cristiana todo es dado porque todo es iniciado, se despliega y se concentra en Dios, que es amor (cf. 1 Jn 4,8).

Una breve evocación a la Escritura nos hace darnos cuenta de la multitud de términos que expresan esa donación amorosa de Dios, primero y pedagógicamente, con el Pueblo elegido. Su elección, es ya una donación, no solo de identidad hacia el Pueblo, sino de sí mismo, por su alianza incondicional y unilateral: «Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Lev 26,12; Jer 30,22). En esta alianza, Dios mismo se ofrece como garante independientemente de la respuesta de Israel, que no corresponderá siempre al don ofrecido, bien por su dura cerviz (cf. Éx 32,9), por su dureza de corazón (cf. Dt 15,7; Ez 11,19), por su olvido (cf. Dt 32,18) o su infidelidad, como recuerda constantemente el profeta Oseas.

Su fidelidad probada en la historia fue el primer paso para reconocer y comprender que el primer don de Dios era la Creación. Un

⁴ M. BLONDEL, *La acción. Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, BAC, Madrid 1996, 465.

⁵ *Ibid.*, 265.

lugar donado a la criatura, hecha a su «imagen y semejanza» (*Gén 1,26*), de holgura y libertad para relacionarse con él. Es aquí donde encontramos el fundamento específico de la antropología del don, que reconoce en el ser humano la huella de la donación divina, con la capacidad y la oportunidad, si esa aceptada, de comprenderse a sí mismo como don. Una formulación precisa de este dinamismo, sobre la que volveremos más adelante, se encuentra en el Concilio Vaticano II, cuando se dijo que «el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrarse plenamente a sí mismo si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (*Gaudium et spes*, 24).

Desde este juego de amor, donación, imagen, huella..., se comprende que nada en el interior de la Creación responde al azar porque, en su inicio se encuentra la voluntad y el deseo de Dios por establecer una relación de comunión con él, creando al ser humano capacitado para responderle. Hay quien ha dicho que Dios no solo es don, ni solo la mediación del don —como veremos a continuación—, sino que es el mismo fundamento de su aceptación⁶. En cada uno de nosotros, la capacidad de acogida de Dios y de sus dones, es su misma huella, su presencia velada. De manera semejante, por no responder la Creación a ninguna necesidad, sino a estar inscrita en el orden de la gratuidad y del amor, la relación con Dios solo puede estar regulada desde la libertad del don. Una capacidad que no es ajena a Dios, sino expresión de su ser en la criatura libre. Muestra de ello es la capacidad de negarle que todos tenemos y no pocas veces hemos ejercido, expresando que, como todo don, está expuesto a su rechazo.

Como se ha señalado, Dios también es reconocido como mediación. Lejos de otras cosmo-

visiones y religiones, él no es ajeno ni ausente, no deja al ser humano solo, aban-*donado*—sin don—, después de su Creación. Esta, no solo tiene un impulso que apunta activamente a su destino definitivo, o el ser humano está modelado según la lógica del don, de la gratuidad, del deseo, de la libertad, capaz de encaminarse hacia su plenitud, sino que «tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único» (*Jn 3,16*). En Jesús, Verbo encarnado, la palabra profetizada en el Antiguo Testamento desde la distancia se hace cercana, comprensible, amable y vivible. Él mismo es el don supremo de Dios, al expresar cómo y cuál es el destino de quien quiera compartir la vida divina, en el seguimiento y aceptación del Hijo, que ha compartido nuestra humanidad.

Su vida fue una continua donación. «Un hombre para los hombres»⁷, «ser para los demás»⁸, «pro-existente»⁹, se ha dicho sobre él. Su palabra y cada uno de sus signos, abrieron nuestra historia a un tiempo de gracia, de don; a una *kairós* que manifiesta la visitación en nuestro tiempo de la eternidad, de la plenitud, del don de la salvación expresada en su entrega en la cruz y condensada en la Última Cena: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros» (*Lc 22,19*), y en el desconcertante e iluminador lavatorio (cf. *Jn 13, 1-20*), donde se muestra, ahí y así, como Señor. En este acto supremo, en el que Jesús «se dio a sí mismo» (*Gál 1,4; 1 Tm 2,6*), y en el rechazo hacia su persona y su mensaje, se muestra la fragilidad del don de Dios, expuesto a la libertad que él mismo ha puesto cada uno. Al fin y al cabo, «un don debe ser un don. Hasta

⁶ Cf. K. RAHNER, *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*, Herder, Barcelona 1979, 158.

⁷ Cf. K. BARTH, *Die Kirchliche Dogmatik. III, Die Lehre von der Schöpfung*, EVZ-Verlag, Zürich 1948, 242-264.

⁸ Cf. D. BONHOEFFER, «Esbozo de un trabajo», en *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Sígueme, Salamanca 2008, 219-224.

⁹ Cf. H. SCHÜRMANN, *El destino de Jesús: su vida y su muerte. Esbozos cristológicos recopilados y presentados por Klaus Scholtissek*, Sígueme, Salamanca 2003, 267-302.

el final. Entre los hombres y entre Dios y los hombres. Si el donante busca que aquello que dona sea más o menos utilizado en el sentido que él quiere y la persona privilegiada se cree obligada a ir en esa dirección, ya no hay don. Para nada»¹⁰.

Lo sorprendente es que el rechazo no apagó el deseo de donación, sino que desplegó una creatividad inédita en el donante. Manteniéndose fiel a su promesa con el envío del Espíritu (cf. *Jn 14, 26*), aumentó el número de los destinatarios y su capacidad de acogida. Por su donación, por parte del Padre y del Hijo, el Espíritu se hace accesible a todos, en todo tiempo y lugar, estando siempre disponible, pues, aunque se apague, siempre se puede reavivar el don que se ha recibido de Dios (cf. *2 Tm 1,6*).

La Iglesia, como fruto del Espíritu y enriquecida por multitud de dones (carismas, vocaciones), no tiene otra razón de ser que la de responder a su misión de ser mediación del don. El que porta, el que nos *primerea* en cada criatura—como gusta de decir a Francisco (cf. *Evangelii gaudium, 24*)—, y el que puede llevarla a su plenitud en la acogida del *kerygma* (cf. *Christus vivit, 112-133*). Habitada y constituida por la donación del Espíritu, la Iglesia no tiene otra tarea que la de acoger continuamente el don que la fundamenta, y la de transmitirlo o testimoniarlo a toda la Creación, como se sugiere en las cartas de Pablo al hablar de la *parádoxis*: la *transmisión* que constituye la tradición eclesial.

En el fondo, cualquier dimensión eclesial: la *koinonía* (comunidad), la *martyría* y/o *kerygma* (predicación, anuncio, testimonio), la *leiturgia* (celebración) y la *diakonía* (el servicio), solo encuentran su sentido y finalidad, desde la perspectiva del don; tanto el recibido de Dios, como de lo que ha de ofrecerse, so pena de convertirnos en meros gestores de eventos. Por la misma razón, la presencia de

la Iglesia en la sociedad también ha de regirse bajo la ley de la donación: al servicio de la humanidad, sabiéndose servida también por ella (cf. *Gaudium et spes, 11*).

Este modo de presencia donadora ha sido expresado con plasticidad por Francisco al recordar que la Iglesia está llamada a «primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar» (*Evangelii gaudium, 24*), lejos de toda lógica de dominio clericalista, de condena maniquea, de distancia sacral, de la exigencia moralizante e indolente, y del poder temporal. Solo desde esta debilidad, la Iglesia encuentra su fuerza para denunciar, con humildad, toda pretensión de dominio y de instrumentalización del ser humano y toda corrupción en la relaciones sociales que, por desgracia, a veces, no les son ajenas.



¹⁰ A. GESCHÉ, *NP, L*, 43 (14.9.88), be.uclouvain.fichiergesche.don_31.

2 Renovar la pastoral en términos de don

Desde estas claves de comprensión, antropológicas y teológicas, la acción pastoral con jóvenes puede ser recreada desde la antropología del don, ofreciendo ciertos elementos que la discernan de cara a su eventual renovación. Sin ánimo de exhaustividad, se pueden hacer algunos subrayados que tendrán que ser modulados pedagógicamente, en función del momento vital del interlocutor de la donación.

En una perspectiva pastoral que acentúa la donación, quizá sea más acertada la palabra «interlocutor» que la de «destinatario», tan al uso en la reflexión pastoral. Al fin y al cabo, desde la comprensión del don delineada, la Iglesia no «lleva a Dios», como un «objeto», allí donde no está o a quien no lo tiene, porque toda la Creación y toda criatura —especialmente el ser humano— son ya don de Dios. Velado, elusivo, secreto, desconocido, no nombrado o ignorado, pero presente.

Por este motivo, la acción pastoral se sitúa en una polaridad, propia de la Iglesia, entre lo recibido y lo esperado; ambos vinculados por el testimonio que es capaz de ofrecer. Un testimonio que es, a la vez, manifestación del don recibido y posibilidad de acoger el don en los diversos *kairoi* —momentos salvíficos— que se le presenten. Un testimonio que busca ayudar a descubrir el don ya presente, que propone claves de lectura para acogerlo, que ofrece momentos y oportunidades para que el don sea plenamente fecundado y fructifique, a través de la vida comunitaria, de la escucha de la Palabra, de la entrega a los necesitados, de la oración, de la vida intelectual, de la celebración de los sacramentos, etc.

De esta manera, la acción pastoral se reorienta no tanto en lo que dar o hacer, o en cómo ofrecerlo, que también, sino, sobre todo, en recibir y en dejar y dejarse hacer. Huyamos de

cierto pelagianismo pastoral y confiemos en que Dios actúa y sabe actuar mejor que nosotros, al margen de ciertas acciones que camuflan un activismo vacío, o de ciertas prácticas más propias de la *devotio moderna* que de nuestro tiempo secular, o de relaciones paternalistas que anulan la libertad y la autonomía del interlocutor, dificultando la madurez de ambos, o de cierto clericalismo —*carca o progre*— que frena la participación corresponsable de los miembros de una comunidad y la continuidad de sus proyectos.

Una comunidad en diáspora regida por la hospitalidad

La comunidad cristiana, fundada, animada y conducida por el Espíritu Santo se reconoce receptora del don de la comunión que, en radical apertura, aglutina diversidad de dones. Bien sabe que ella no es el don y que no posee el don del Espíritu, aunque le pertenezca¹¹; también, que tampoco es su última interlocutora. De ahí que la misma vida de la comunidad esté regida por el régimen de la libertad, propio de cada don y específico del Espíritu que, *a priori*, se desconoce cómo surge y cuál es su destino (cf. *Jn* 3,8).

Una comunidad animada por el don del Espíritu Santo no tiene seguridades ni lugares donde reposar la cabeza (cf. *Lc* 9, 58). Se sabe en camino, itinerante, peregrina, a la intemperie, tensionada por una promesa de esperanza que la impulsa. Está atenta, más allá de los modos de organización y de las rutinas adquiridas, al don del Espíritu que le aguarda en cada persona que la conforma o que se acerque a ella, y en cada situación que se le presente, por dura y complicada que sea.

¹¹ La distinción entre poseer y pertenecer es sencilla. Si miramos nuestra historia veremos que multitud de personas pertenecen a ella; pertenencia que no implica la posesión de dichas personas. Con el don del Espíritu sucede lo mismo. Nos pertenece en cuanto nos ha sido dado y forma parte de nuestra historia personal, pero no lo poseemos.

Por ello, el don del discernimiento ha de estimular su hoja de ruta, siempre por escribir.

Por su condición exodal, en continua diáspora, la comunidad es especialmente sensible a la hospitalidad, a la acogida, a la cercanía, a la proximidad y al diálogo¹². No solo de quién se acerque a ella, sea cual sea su situación o su historia, sino de aquellos que sufren la globalización de la indiferencia y la exclusión (cf. EG 54). Así, en su peregrinaje, la comunidad va acogiendo a los descartados, recorre los caminos marginales, a la espera de encontrarse en ellos con su Señor (cf. GE 96-99). Bien estéril sería cualquier acción caritativa o cualquier voluntariado que no supiese descubrir, en aquellos a quienes sirve, al Resucitado, o no ofreciese caminos para releer sus esperanzas a la luz de la Palabra, compartir la fracción del pan y facilitar su incorporación a la comunidad (cf. ChV 237).

El cuidado de la interioridad como memoria Dei

Una comunidad eclesial, abierta al don de Dios, ofrece momentos, encuentros y recursos para el cultivo de la interioridad de cada uno de sus miembros. Sobre este aspecto se ha escrito mucho, tratando de corregir ciertos deslizamientos «psicologicistas». Desde una pastoral en clave de donación, esos peligros se previenen porque la intención y el camino es el de cultivar la capacidad de ser afectado, de que el corazón se abra y sea capaz de acoger el don y de reverberar su resonancia.

Como dijo Dag Hammarskjöld, «el viaje más largo es el viaje hacia el interior»¹³. En él, uno ha de batirse con miedos e incertidumbres, cicatrices y cerrazones, en medio de un ambiente generalizado de desconfianza,

individualismo y de una velada, pero lacerante soledad. Por eso, cuidar la interioridad es ensanchar la capacidad de acogida, de visita—recordemos a María (cf. Lc 1, 26-56)—. Es dejar espacio para que el Espíritu fecunde en don que nos constituye. Es conocerse y reconocerse como imagen de Dios. Descubrirse como recibido, como donado, como *memoria Dei*, para discernir, según nuestra auténtica identidad, aquello que hay que hacer conforme al donante. Como escribió el teólogo medieval Guillermo de Saint-Thierry en su *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*: «Mantente entonces enteramente presente en ti, empléate en conocerte a ti y a aquél de quién eres imagen, para discernir y comprender qué eres y qué puedes hacer con respecto a aquél de quién eres imagen»¹⁴.

Quizá sea esta una de las orientaciones y tareas más acuciantes en el ministerio del acompañamiento. Ayudar al acompañado a que entre en sí mismo, no como una técnica de introspección psicológica, sino como un ejercicio de memoria, conocimiento y amor. No solo de cara a uno mismo—reconocerse, conocerse y aceptarse—, sino, sobre todo, de cara a Dios—reconociéndolo, conociéndolo y amándolo—¹⁵. Al fin y al cabo, «recordar es abrirse a la exterioridad absoluta y escuchar, acoger, no resistir ni endurecer el corazón por la cerrazón en sí mismo»¹⁶.

La memoria, como huésped de la interioridad, lleva al conocimiento y al amor. Ambos de la mano, porque cuando el conocimiento es sincero, lleva al amor y cuando el amor es

¹² Cf. CH. THEOBALD, *Urgenze Pastorali. Per una pedagogia della riforma*, EDB, Bologna 2019, 70-78; 333-344.

¹³ D. HAMMARSKJÖLD, *Marcas en el camino*, Trotta, Madrid 2009, 77.

¹⁴ GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, Sígueme, Salamanca 2013, 95.

¹⁵ Cf. *Ibid.*, 87. Esta tríada se encuentra en san Agustín y tiene claras evocaciones trinitarias, donde la memoria indica hacia dónde hay que tender (el Padre), la razón o el conocimiento es la manera de hacerlo (el Hijo) y la voluntad o el amor es el impulso que sostiene y acompaña (el Espíritu).

¹⁶ G. AMENGUAL, *Mantener la memoria*, Herder, Barcelona 2018, 31.

tal, amplía el conocimiento más allá de las razones de la mera razón¹⁷. Desde aquí, el itinerario de la interioridad se descubre, en su especificidad cristiana, como una invitación a la oración, en clave de amor y misericordia: «Mira tu historia cuando ores y en ella encontrarás tanta misericordia. Al mismo tiempo esto alimentará tu consciencia de que el Señor te tiene en su memoria y nunca te olvida» (GE, 153).

Como podemos imaginar, el cuidado de la vida interior expresada en la oración requiere de maestría espiritual. De nada sirve manejar conceptos o estrategias pastorales, estar al tanto de las últimas novedades técnicas, avasallar con un sinfín de actividades, dar fichas y fichas de trabajo personal, si no hay cierta pericia en la sabiduría del Espíritu. En esta tarea, no solo están como orientación los clásicos de espiritualidad con los que, sin duda y con urgencia, habría que dialogar más, sino que la propia vida es el mejor laboratorio de experimentación, donde «nos experimentamos en nosotros mismos, en términos absolutos y sobre la eternidad»¹⁸. En otras palabras, con sinceridad ante Dios. Ahí, especialmente, es donde se saborea el don de Dios, al acoger

su sabiduría, y se afina el gusto hasta hacerlo capaz de discernirlo con lucidez.

La donación como expresión de gratitud y estilo de vida

En este itinerario de reconocimiento del don que cada persona es en sí misma, se descubre que la mejor manera de agradecer «tanto bien recibido» (Ej. 233), como decía Ignacio de Loyola, es poniendo más amor «en las obras que en las palabras» (Ej. 230). En la entrega de sí mismo a Dios, por medio del cuidado de la Creación y de las criaturas, se opera, se «hace práctico», se testimonia a la vez que fructifica, el don recibido.

Es una frase repetida que «todo don implica una tarea». Siendo esto verdad, no hay que ser ingenuos al indicar que una tarea que no expresa auténticamente la conciencia previa de un don, o su progresivo descubrimiento, acaba por agotar. En alemán se expresa su íntima correlación en las mismas palabras: *Gabe* (don) y *Aufgabe* (tarea). Aquí se ve que la tarea se sitúa sobre (*Auf*) el don (*Gabe*). Se apoya y se impulsa en él. Lo lleva dentro de sí, en la medida en que es interiorizado, personalizado, lejos de cualquier obligación —moral, afectiva, económica, etc.— que anule la libertad y con la oportunidad de ejercitar la propia autonomía¹⁹. Solo así, cualquier cosa que se haga responderá a la gratuidad del don que fructifica en uno mismo, y estará liberada de responsabilidades vividas como cargas que, pudiendo ser muy buenas y oportunas, pesan hasta el agotamiento porque están situadas sobre los hombros, bajo la lógica del deber, y no en el corazón, bajo la lógica de la gratuidad.

De manera semejante, tomar conciencia del origen del don es un criterio para discernir la orientación y sinceridad de la propia donación, porque no se buscará más que agradecer al donante lo recibido. Aquí se sitúa el *quid* de la

¹⁷ Aquí resuenan grandes exponentes de la tradición cristiana, dejando una cosa clara: la razón atiende a sus razones, según su modo, y el corazón a las suyas, según su modo. Ambas, ni son excluyentes, ni ninguna es innecesaria o menos valiosa, sino convergentes, puesto que se sitúan en planos diversos con lógicas diferentes. La raíz bíblica la encontramos en la *Carta a los Efesios* 3, 17-19. Ecos de esta tradición los encontramos, entre otros, en Agustín, con su célebre «*interior intimo meo*»; en Bernardo (*Tratado del Amor de Dios*), en su discípulo y amigo Guillermo de Saint-Thierry, que ya hemos citado, en Francisco de Sales (*Tratado del Amor de Dios*); en Pascal, con sus *raisons du coeur*, en Kierkegaard (*Las obras del amor*); en J. H. Newman, con su famoso «*cor ad cor loquitur*» que tomó de Francisco de Sales; en Blondel, con su filosofía de la voluntad que no es otra cosa que una meditación sobre el querer y el amor al «Único Necesario»; en Scheler (*Ordo amoris*), etc. Sin duda que en esta línea se sitúa la pedagogía y la espiritualidad salesiana; no a nivel reflexivo sino práctico-educativo, con la «*amore-volezza*» —caridad efectiva— de Don Bosco.

¹⁸ M. BLONDEL, *Carnets intimes 1883-1894*, Cerf, Paris, 1961 315.

¹⁹ P. IDE, «Le burn-out: une maladie du don?»: *Nouvelle Revue Théologique* 137/2 (2005) 273.

cuestión vocacional en cualquiera de sus formas, bautismales, carismáticas o profesionales. Cualquiera de ellas es expresión de que se ha descubierto que la propia vida es para los demás (cf. *ChV* 253-258), y que no puede ser vivida de otra manera, a no ser que nos situemos al margen de la fe.

A partir de aquí, se comprende cómo una pastoral en perspectiva de donación es capaz de integrar, con coherencia y continuidad, la cuestión vocacional, puesto que se muestra como una constante en todo el itinerario de educación en la fe. No es algo puntual, aunque en algunos momentos cristalice en discernimientos específicos, ni está situada al final de un proceso, sino que se inserta en un estilo de vida con el que ir conformándose, poniendo *los afectos en razón* y reordenándolos en función del don recibido²⁰. Un estilo que se manifiesta en la purificación de las motivaciones y en diversas formas y expresiones de la donación: la vida de oración como memoria y futuro, la hospitalidad como entrega de sí en la acogida del otro, el perdón como derroche de gratuidad, las lágrimas como humilde don ante la impotencia de poder ofrecer nada más, la dedicación silenciosa a labores ingratas y ausentes de las miradas de los demás, la *diakonía* intelectual, sin más pretensión que dar razón de la esperanza, con delicadeza y respeto, a aquél que la pida —como sugería Pedro en su primera *Carta* (3, 15-16)—, la celebración gozosa de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, donde Dios se dice y se entrega a sí mismo, invitando a hacer lo mismo, y un largo etcétera que incluiría tantos momentos como los que tiene una vida que es, de por sí, donación.

²⁰ Como sugiere el *Principio y fundamento* de los *Ejercicios* de Ignacio de Loyola (*Ej.* 23), el sentido del recogimiento al entrar en la noche, para Juan de la Cruz (*Noche* I, 4,8), el discernimiento en la elección de las pasiones, según M. Blondel (*La acción*, o. c., 147), o la potencialidad de la fe, para P. A. Sequeri (*Teología Fundamental. La idea de la fe*, Sígueme, Salamanca 2007, 238-243).

La entrega a los demás, oportunidad para acoger el don de Dios

Junto a estos elementos, no podíamos concluir estas líneas sin valorar adecuadamente la situación de tantos jóvenes que son movidos a una entrega generosa y que se sienten al margen de la fe o de la comunidad eclesial, aunque participen en muchas de sus acciones en favor de los demás.

Si bien es cierto que no hay que cerrar nunca las puertas, como expresión de «una pastoral juvenil capaz de crear espacios inclusivos» (*ChV*, 234), también lo es que no proponerles nada y no ayudar a fecundar con el Evangelio esa entrega generosa que, sin duda, está impulsada por una gracia primera, sería no acoger el don que está llamado a dar el ciento por uno en ellos mismos (cf. *Mc* 4,8.20; *Lc* 8,8), y no ofrecer el mejor regalo que nos ha sido dado a la Iglesia.

La clave de este itinerario, a mi entender, la encontramos en el texto del Concilio citado más arriba —*Gaudium et spes*, 24—, donde se afirma que el hombre, «no puede encontrarse plenamente a sí mismo si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Esto nos sugiere, ante todo, una labor de acompañamiento en la que se dé hondura a la entrega realizada. Una hondura capaz de superar el oportunismo voluntarista —esporádico, fugaz, temporal, mezclado con tantas otras motivaciones, sujeto a una edad, a un gusto por la tarea, a una recompensa afectiva...—, y de darle una prolongación en el tiempo como base para iniciar procesos de educación en la fe. En esa entrega, no ya solo generosa, sino prolongada y constante, es donde se prueba la sinceridad —recordemos su etimología— de las motivaciones, y donde el joven puede llegar a encontrarse en plenitud a sí mismo. Si este camino es iniciado, la esperanza fundada de que se descubrirá a sí mismo como imagen de Dios, quizá pueda echarse a perder, como todo don, pero, al menos no habremos dejado de facilitar su acogida y su propuesta.

Disponible en nuestra web



*Entrega por agencia en 24 a 48 horas en capitales de provincia.

Preparamos juntos la Navidad



2,95 €



12,55 €



2,60 €



2,95 €



5,00 €



8,90 €



4,00 €

**EDITORIAL
CCS**

www.editorialccs.com

✉ Calle Alcalá 166. 28028 Madrid ☎ 91 725 20 00 @ sei@editorialccs.com

@EditorialCCS

facebook.com /EditorialCCS